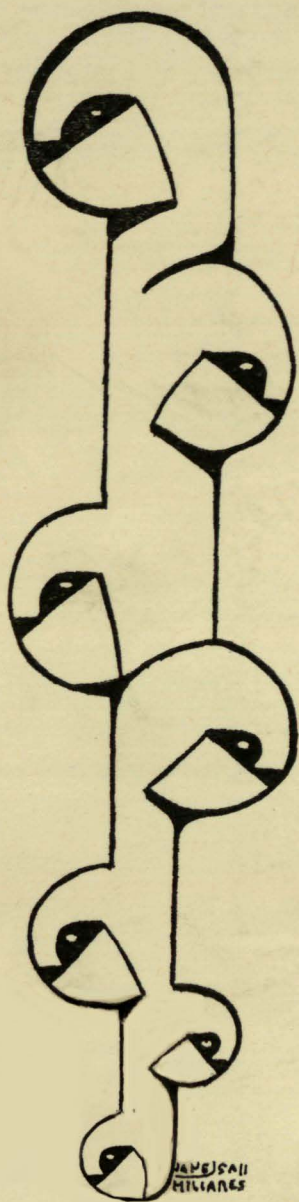


IGNACIO QUINTANA MARRERO



ARPA
DE
LAS
ISLAS

MADRID, 1979



Ignacio Quintana Marrero nace en Teror (Isla de Gran Canaria). Estudia Humanidades, Filosofía y Teología en el Seminario de la Universidad Pontificia de Canarias. Cursa periodismo en Madrid y es director de Prensa cerca de treinta años. Es profesor, dicta conferencias, colabora en diarios y revistas nacionales. En 1964 es premio «Tomás Morales» de poesía.

Absorbido durante muchos años por el quehacer periodístico, donde alcanza cotas de maestría y renombre, su segundo libro de poemas, *Alma serena*, no aparece hasta el año 1965. La poesía de Ignacio Quintana es un constante peregrinar por el mundo exterior de las cosas. A veces lanza al aire el surtidor quebradizo de una copla del pueblo. El poeta ha recorrido un largo camino que va desde la exaltación juvenil hasta la moderación, desde el desbordamiento vital hasta la medida...

A los señores Gallardo
con entusiasmo afecto

Benito Zamora
Años 1929



SLG 8182

IGNACIO QUINTANA MARRERO



ARPA DE LAS ISLAS

CANARIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento 120401
N.º Copia 633119

Prólogo de
Francisco Rodríguez Batllori
Portada de Jane Millares



MADRID

1 9 7 9

ISBN: 84-300-1036-X
Depósito Legal: M. 19.557 - 1979

Imp. TARAVILLA (Suc. Vda. Galo Sáez) - Mesón de Paños, 6 - Madrid-15

PROLOGO

Conocí realmente a Ignacio Quintana en Madrid, hacia 1935. Digo realmente porque, aunque parezca extraño, incluso absurdo, mi estancia en Tenerife anterior a esa fecha, seguida inmediatamente del definitivo viaje y permanencia en la península, no dieron oportunidad a una anterior relación de íntimo conocimiento y amistad. Se preparaba Ignacio para su futura profesión periodística en aquella prestigiosa y germinal «Escuela de El Debate» que tantos aventajados discípulos derramó, como cuerno de abundancia, por toda la geografía española. Le absorbía por entonces el cuidado de sus estudios, a los que dedicaba tiempo y atención preferentes. Nuestras conversaciones apenas abundaban en temas literarios, pues en nada se parecían las materias de nuestra preparación; ni yo conocía su vocación lírica ni él, por supuesto, imaginaba que un estudiante de Doctorado de Derecho fuese un apasionado de la poesía. Ciertamente, mi adivinación penetraba en el espacio que le tenía reservado el quehacer literario, pero este pronóstico se centraba más en el campo de la prosa que en un trasmundo poético.

Una cosa quedaba siempre a salvo en su trato: su natural sencillez, su carácter abierto. Como el famoso Maestre de Santiago, solía ser «amigo de sus amigos». Creo que desde el primer momento tuve la fortuna de encontrarme entre aquellos; y si una relación posterior no me hubiese convencido de que estaba en lo cierto, evocaría siempre a aquel Ignacio Quintana con quien aún me parece convivir en la acogedora pen-

sión estudiantil de la calle Pozas, a dos pasos de la vieja Universidad Central. Transcurrió el tiempo; la gran tragedia española nos separó físicamente durante un trienio. En el momento del reencuentro Ignacio dirigía con magisterio y acierto un importante periódico de Las Palmas.

Algunos años después, convencido ya de mi error sobre sus preferencias —y preeminencias— literarias, escribí unas notas sobre su libro de poemas *Nacido resplandor*: «Tengo a Ignacio Quintana por un poeta capital, que hace trascendente su obra porque apura sustancias». Hay en su poesía «una ingénita densidad; refleja la plenitud inquieta de su pensamiento, de su carácter, de su palabra. No se acomoda a un esteticismo alegre y fácil con que lograr efectos sin apurar rigores. Es una obra que tiene conciencia de sí misma y parte de un principio que se va haciendo raro en el quehacer literario: saber que para esgrimir bien una pluma hay que comenzar por tener esa pluma. Y la pluma de Quintana se esgrime siempre con garantía de alumbramiento de alguna feliz novedad».

No acudiría al abuso de la propia cita si no hubiese llegado a la conclusión de que las palabras transcritas conservan su vigencia y aun pueden considerarse incompletas tras la lectura y meditación de *Arpa de las islas*, haz de rayos luminosos de un mismo origen que Ignacio Quintana tiene la delicadeza de poner en mis manos, con la grata encomienda de estampar en su fachada unas palabras liminares.

En *Arpa de las islas* la forma poética se aleja de ese barroquismo amanerado y conceptual, huérfano de ideas con significación, que suele contaminar al pretendido verso de raíz íntima, plagado de falsas imágenes que naufragan en un piélago de imprecisiones, incapaces por su insinceridad de lograr el sentimiento directo de lo tangible. La voz auténtica, clara y segura no admite parentesco con ese vicio frecuente de diluir el ímpetu, la gracia y los elementos todos de la creación poética en un común denominador de insignificancias, oquedades y falso simbolismo.

Las montañas isleñas, los pueblecitos y sus motivos más significados atraen al poeta; pienso que no por familiaridad y consuetudinario trato, sino por cargado de recuerdos e imágenes testimoniales e insistentes, tocados a veces de una preocupación espiritual y religiosa que no puede pasar en silencio porque afecta a la raíz sensible, a la íntima confidencia del autor. Esta puede ser la razón de uno de los temas frecuentes, si bien no insistentemente ni en forma reiterada que pueda caer en demasía:

«Heraldan las creencias de hispana reciedumbre
un Pino que es el rancio blasón de sus mayores
y un Templo que fascina las islas con la lumbre
de una Virgen, señuelo de los conquistadores».

«Yo te contemplo, oh pueblo, como una castellana
villa donde reside el Arte y la Piedad;
de ti ha salido el verso que de mi boca mana
y de tu entraña nace mi religiosidad».

El contenido y la medida de este bello poema —«Teror»—, descubren la presencia combinada de una destreza y una maestría que conjugan el pulcro alarde sintáctico y el ritmo realmente magistral. Está hilvanado por un hilo sutil, tradicional y clásico, por fortuna no definitivamente roto como algunos apresurados profetas pronostican, al confundir una intención pura de la poesía con el concepto de poesía pura. No es lo mismo.

La expresión es directa. El poeta crea el ambiente alrededor del tema, estremecido de entusiasmo frente a los riscos, los árboles, el aire todo de la isla; la «narración» está implícita en el sentimiento lírico. En ocasiones reduce al espacio estrecho de sólo ocho versos un mundo de sugerencias. Tal el poema dedicado a La Palma:

«Cansado, triste, sin apenas vida,
preguntaba un viajero por la calma...».

¡Qué elocuente tema para fijar en el umbral de la isla y poner en boca de sus pregoneros!

Toda la expresiva autenticidad que se aloja en la poesía de Ignacio Quintana se traduce, a veces, en una decantada alusión a la tradición, que palpita y adquiere nueva savia al quedar francos los caminos del bien hacer poético:

«Por Melpómene ilustre te corona
de Sansón y Dalila la araucaria
y por la lujanesca estatuaría
el genio del buril tu nombre abona».

El paso del poeta por los viejos caminos de la isla de Gran Canaria nos trae la emoción de unos campos que parecían olvidados por el abuso de tanta alusión marítimo-atlántica, más agobiante cuanto mayor simbolismo pseudoconfidencial y misterioso pretenden ofrecer algunos engendros líricos. Los mil objetos vivos o inertes que acompañan la vida de los pequeños pueblos y ciudades se incorporan a la evocación de Quintana, rica, ajustada, garbosa, espontánea.

Para el autor de Arpa de las islas la creación de personajes no es esencial. Le interesa el acorde de su poesía con los exteriores que se manifiestan de algún modo. Necesita la relación con un mundo no imaginado, no transformado ni mudado. Y esta relación escenario-poeta está consolidada. La poesía de Quintana rezuma sencillez, calor y color. El poeta contempla el paisaje, se lo apropia y lo canta sin pintorrearlo ni adulterarlo. No necesita el paisaje una manipulación artificiosa; él mismo se funde en la realidad objetiva y aprehensible.

La precisión y adecuación del adjetivo son ajustados en estos poemas de doble ritmo interior y exterior. Los endecasílabos, las octavas reales no estallan crujientes; fluyen con

la suavidad de una lámina de aire en sus mil fases poliédricas, en su propia moderada sonoridad. El poema a Fray Lesco es un ejemplo de calidad literaria, donde el hombre se mitifica. Existe un hombre hecho categoría: la figura —casi espiritual— del desaparecido escritor canario aparece como símbolo estético y representativo.

No voy a desvelar aquí todos los quilates que el verso de Ignacio Quintana atesora, ya que el lector de Arpa de las islas se hará partícipe de esta riqueza. Pero sí he de añadir, para cerrar estas breves palabras, que el arpa del poeta derrama generosa sus notas y hace revivir sensaciones de un mundo abierto, que no se oculta ni se desvanece entre gasas. Un mundo de armonía que, como las sirenas a Ulises, acariciará el oído del impaciente lector.

Madrid, 1979.

FRANCISCO RODRÍGUEZ BATLLORI

ARPA DE LAS ISLAS

CANCIONES AL AIRE DE LAS ISLAS

A mis hijos

UNA paloma de trapo
pero que pueda volar
quiero, como Gloria Fuertes,
en mis islas arrullar.

Tendrá sabor de caricia,
de seda y plata el plumón...
¡Oh, Dios, si así también fuera
la isla del corazón!

Del palomar de las islas
vuelan palomas de paz
que van zureando versos
por el aire y por el mar.

Voy cantando interiormente
la canción de su presencia
entre el asfalto y la cumbre
con besos de miel y fresa.

El misterio de su voz
se desvela con mis besos:
¿para qué quieres que cante
si es más cantar el silencio?

Vente camino adelante
y no digas lo que has visto:
así el pájaro en el árbol
donde tiene vuelo y nido.

Hoy me llegué hasta la mar
para cantarle a las olas
y vi peligrar tu amor
como una bandera rota.

El caballo de mis ansias
va serenando el galope,
mientras las bridas del tiempo
sueltan las riendas al trote.

Aprisa, islas, que el tiempo
no detenga la carrera;
que la dicha hay que gozarla
si la ocasión se presenta.

No temais a los ladridos
del perro del hortelano
que sólo sabe ladrar
donde le echen el bocado.

No desoigais los cantares
cuando vienen de muy lejos,
que son como almas en pena
cabalgando hacia el misterio.

No temais a los ladridos
del perro del hortelano:
son como piedras al viento
sin ruidos y sin quebranto.

EL CAMPO Y YO

A Pepita y Juan Velázquez y Velázquez

EN su lengua de piedra y de árbol
el campo me hablaba
y decía en silencio al oído:
¡Hermana, alma hermana!
Y con eco mi voz respondía:
¡Hermano, hermano!
Era la piedra que pedía agua.
Era el árbol también que la pedía.

* * *

En una evanescencia de algodones de rosa
la tarde extravenaba su arteria sobre el mar.
Era el sol como una medalla ya gastada
que en la hoguera fundíase en un oro mejor
y era el mar una verde llamarada
y tu alma una flor...
Y tú, campo, aromado de sencillez divina,
divino campo mío,
¿no sientes a estas horas un sempiterno hastío
por todo lo que huye de tí?

* * *

Yo contemplaba el éxtasis de la tarde muriente
y me creía a veces morirme de repente.



Secreto pensamiento me decía:
Sí... no... sí... no...
¡Oh graves notas llenas de melancolía!
En aquel momento
un ave —¿la tuya? ¿la mía?—
cruzó el espacio lentamente como
si se fuera a caer.
Y, por si fuera cierto,
las manos extendí como bandeja
que recibiera aquella estrella rota...
¿Era el Paráclito que partía armado
con las alas de nuestro pensamiento?

* * *

Era en Teror, cuando los versos
tenían, como tu alma,
el sabor de las fresas recientes,
donde aquel dulce empeño
de leer y leer y leer siempre
era lo mismo que una abierta ánfora.
Con el libro debajo del brazo
recorría el campo: con paso seguro.
Era el libro tuyo o el tuyo o el tuyo;
cualquiera que me hablara dentro
oteando con clarividencia
suprema
la mirada honda y fija del véspero
que me hablaba con una voz tierna
y con sabia sonrisa de ensueño.
Abrí el libro, como abrí el alma,
y lo cerré cuando rayaba
una estrella fugaz al ancho cielo,
como quien pone rúbrica a mi verso.

En su lengua de piedra y de árbol
—con su voz de agua—
el campo me hablaba,
como me habla ahora con el mismo canto
que se habla a las almas.
El salmo amarillo se oyó en otro día
junto al árbol triste de la adolescencia,
mientras lo respunto con el alma ardida
como si yo fuera la isla que sueña.

ARPA DE LAS ISLAS

A Mary Carmen y Manolo Sánchez Hernández.

COMO gotea el agua sobre el cántaro,
como del corazón cada latido,
como el aura y el pensamiento vivos,
así el arpa del tiempo insosegado.

No es extraña la voz que, íntima, nace
en la entraña más honda de la pluma,
cosiendo metafóricas agujas
la tela más sutil del engranaje.

El arpa de las islas que no cesa
de tensar su melódico programa
con el rigor que disciplina el alma
ve respuntar las horas y la espera.

El arpa de las islas que se escucha
en la flor, en el mar, en la montaña
va signando proyectos del mañana
y anotando paisajes de escritura.

Para el arpa del tiempo no hay rincones
ni sueños que prolonguen sus silencios:
es la voz sin sosiegos en mis versos
que rezuma el aroma de mis trojes.

Pienso que, con el tiempo, ya mi arpa
aquietará sus cuerdas en mis manos
y, al morir de la sed en el descanso,
cansado de carpir, suspire: ¡basta!

El arpa de las islas de mi tiempo
ni cantará ni gemirá algún día,
quedando, sí, como una voz dormida
de nostalgia verbal, llorando el eco.

CON EL BORDON Y LA LIRA

A Cristóbal González.

ME he echado a caminar por los senderos
de mi tierra y mis gentes
para decirles la canción del alba,
de la noche, del mar y el cielo nuestros.

Ovillando cantares,
voy entrando y saliendo por mis pueblos
con mi bordón de caminante
y con mi lira trémula de versos.

Aquí el agua y la sed rumiando ansias
con la fruta que habla al paladar más cierto,
mientras los ojos el paisaje alzan,
renovado y disperso, de mis pueblos.

Armado de bordón, presta la lira,
de las islas canoro peregrino,
va cortando mi vida.
la corteza del pan de mi camino.

Bordón y lira, somos geografía
a la palabra y a la sangre abiertos,
del alma de los pueblos de mis islas
queriendo desvelar los mil secretos...

Que desde el Septentrión al Mediodía
y desde Oriente a donde el sol se pone
mi bordón se hincará para decirlas
y mi lira dará cordiales sonos.

Una mirada fija en cada pueblo
mientras en el bordón descansa el alma...
Una canción que ponga en cada verso
el amor de mi lira por Canarias.

MAS SIEMPRE FUE LA TORRE...

A Agustín Miranda Junco

CRECIERON los cipreses en el huerto
que —¡oh Fray Luis de León— plantó mi mano,
mientras del tiempo ilusionado arcano
dorábase a la luz del verso cierto.

Teror fue clara escuela de diversos
tratados de belleza que el Mantuano,
con sus exámetros, junto al horaciano
precepto hacía el estilo terso.

La fuente próxima a la casa un día
fue cantada en himnodia bullidora...
¡Oh el vespéral paseo de lecturas...!

Mas siempre fue la torre como guía
que signó la esperanza creadora
y alumbró mis distintas andaduras.

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

A Francisco Hernández González

SIENDO torre de amor para sus hombres,
la palmera nació junto a su cuna,
que la palmera, si a la mar se aúna,
árbol no hay que su victoria asombre.

Empezó entonces a tener renombre
ya segura la palma, fiel fortuna,
sabiendo que ya había ganado una
leyenda para escudo de su nombre.

El sol que, en doble playa se hizo oro,
fue acontecida luz en el tesoro
verde donde la voz es alta y varia:

así en los siglos acreció el portento
de dar a la Ciudad el noble acento
de ser Las Palmas de la Gran Canaria.

NUESTRA ESTIRPE Y SUS ANALES



A don Pedro Cúllen del Castillo
por la publicación del «Libro Rojo de Gran Canaria»

POR virtud de tu numen inquirente
municipal entraña nos alumbrá
unos viejos papeles que en penumbra
dormían ignorados de la gente.

Como a un Lázaro llegas, providente,
y gritas el «sal fuera» que deslumbra
al polvo secular que apesadumbra
de la historia canaria la corriente.

Provisiones y Cédulas Reales,
Privilegios y Fueros y Prebendas
y Ordenanzas de regio codicillo

dicen de nuestra estirpe y sus anales
en este *Libro Rojo* con «addendas»
del señor Pedro Cúllen del Castillo.

LOS TRES POETAS MAYORES

TOMÁS MORALES

DE las *Rosas de Hércules* el huerto
estalló con vigor de Primavera,
y en las Islas se oyó por vez primera
de Rubén el sinfónico concierto.

Al vuelo de la urbe quedó abierto
el estro de su lira cancionera
que sonara de insólita manera
en la oda singular del mar y el puerto.

Gran Canaria pregona su renombre
y levanta a la gloria de su nombre
monumentos de lauros inmortales...

Que por su inspiración y virtud clara,
por su nombre abismal y fe preclara,
no ha de morir jamás Tomás Morales.

SAULO TORÓN

LAS MONEDAS DE COBRE ya son oro
que el tiempo, fiel maestro, aquilatara...
Hoy las vemos brillar, como almenara
alumbrando tu arte y tu decoro.

Y el encantado caracol sonoro
de tantas cosas que la mar creara
se hace una sola voz en esta clara
jornada de amistad. Y se oye el coro

de las dulces *canciones de la orilla*
llenas de gracia y de virtud sencilla
como la fuente de tu corazón:

monedas, caracolas y canciones
son un mar infinito de emociones
en homenaje a tí, Saulo Torón.

ALONSO QUESADA

MIENTRAS hilaba *el lino de los sueños*,
los caminos dispersos de su mente
alumbraban la plata de una fuente
transparentada en luz por sus ensueños.

El cabalgó en nocturnos clavileños
tras la crónica fértil y mordiente
viendo en *la umbría* urbana del ambiente
el paisaje interior de los isleños.

Aguileño el perfil como su verso,
desnudo de adjetivos y riqueza,
amó a Tomás y a Saulo: tres hermanos...

Intima pluma, con decir diverso,
hizo de la ironía y la agudeza
el mármol más labrado de sus manos.

COMO EL PERFIL EGREGIO DE LA CIUDAD DORMIDA...

FRAY LESCO

QUISE encontrar, Fray Lesco, un exacto motivo
que encarnara la esencia de tu ardor sensitivo
y captara el supremo prodigio de tu hada,
y se perdió mi alma por el sinfin sereno
de la tuya, embriagada de entendimiento heleno
y en el río del Siglo de Oro bautizada.

Y te hallé en mi camino, extático y derecho,
como aquel caballero de la mano en el pecho,
sirviéndote de marco las calles de Vegueta...
Qué para ser del Greco el claro personaje
sólo falta que lleves una nota en tu traje:
la almidonada gola encima la muceta.

Magnífico eremita de estética embriagado,
entre torres y muros habitas, dedicado
a cultivar las ciencias de los esteticismos,
pidiendo solamente para ansiar tus antojos
una ventana abierta para soltar los ojos
y volverlos, de nuevo, bañados de lirismos.

Por los viejos andenes de la ciudad pasea
tu espíritu llevando la adarga de Atenea
a las nuevas progenes que inician su salida
trazando en el espacio un perfecto arabesco...
Que tú eres para todos, oh Maestro Fray Lesco,
como el perfil egregio de la ciudad dormida.

Poseso de la idea del insular decoro,
cabalgas en un blanco pegaso de alas de oro
desde *las torres del Seminario y la Audiencia*
hasta las altas cumbres de Artenara y Tejeda
en donde, señalando la máscula roqueda,
alza el Nublo su índice en señal de presencia.

Y usando el raro prisma de tu alma de artista
contemplas el paisaje con fijeza analista
del sol que en la profunda oquedad se amortigua,
mientras, atrás, en medio de una calma humildosa,
sobre un trono brillante de color pizarrosa,
se alza el Saucillo como una custodia antigua.

Y de vuelta al sosiego de tus torres y muros,
fabricas los joyeles luminosos y puros
de tu prosa riquísima como un vaso de Oriente,
o, consciente de tu alta vocación de Maestro,
platicas con los tuyos anorbolando el cestro
de tus brazos que entrañan fecundidad de mente.

Si tú hubieras vivido, ¡oh Maestro Fray Lesco!
en aquellas edades en que el caballeresco
hidalgo de la Mancha inicia su jornada,
Fray Luis pronunciaría tu nombre dulcemente
y Zurbarán te hubiera pintado expresamente
escuchando una plática del Maestro Granada.

AGAETE

A José Antonio García Alamo

ERES risco junto al valle
y palmera en la hondonada,
dulce planta en la majada
y en la barca gobernalle...
Eres flor de mejorana
y agua de hierro en la altura,
cafetal en la solana
y villa de la blancura.
Eres escuela de atletas
y abanico de la brisa,
eres la clara sonrisa
del Jardín de los Poetas.
Agaete trovador:
en los mares marinero,
en las torres campanero
y en la tierra sembrador,
en el árbol cancionero
y en las mieses segador.
Agaete mañanero,
bailador y romancero,
Agaete cantador.

* * *

Finisterre de luz y de sorpresa,
del mar y el verso, Agaete, villa;

Gran Canaria postrera de tu orilla
la húmeda y salada punta besa.

Al pino: llegas y a la ecúorea empresa,
que eres del mar, del aire y de la arcilla...
¡Oh el quieto Valle de la paz sencilla,
inmenso bodegón de sobremesa!

De las Nieves la gracia y levadura
mantienen invariable la andadura
que el «Dedo de Dios» marca a tu destino:

¡Cuna de artistas, asidero claro
de tradiciones, Agaete avaro
del más ambicionado vellocino!

AGÜIMES



A Joaquín Artiles

DE pie junto a la insólita alameda
aprendo de tu gris arquitectura
donde la piedra canta tu hermosura
y el Arte reza su oración de seda.

El aliento se acorta; sólo queda
de los viejos conventos la escritura
queriendo descifrar, dulce aventura
que seis clarividencias desenreda:

una Virgen que es toda una Alcaldesa,
un cimborrio que vale lo que pesa,
unas calles de villa señorial;

un hondo quehacer de afán agrario,
una «pella de oro» en el santuario
y un título de Sala Episcopal.

ARTENARA

A Tomás Ventura

L
LEGA hasta Artenara
donde del paisaje cambia el panorama
y estrena su gracia
por el gran milagro de la luz que hace
transparente el aire.
Esta es Artenara,
refugio imbuscado de una paz avara.
Un claro remanso de sosiego donde
la Naturaleza
volcó la belleza
y donde se encuentran
las breves palabras
que el hombre ha lanzado
y luego circula el mercado
de los administradores de la propaganda;
palabras que ruedan
como las monedas
por todas las plazas...
monedas que quedan
y nadie desgasta.

Se arrodilló Humbodl ante La Orotava
y Unamuno cuando descubrió Artenara,
porque dio en la clave
del mejor paisaje;

porque vio sus cumbres
con la maravilla de su asperedumbre,
porque vio los Roques del Nublo y Bentayga;
porque vio el silente trasunto del Fraile
y la cegadora, inmensa hondonada
de Tejeda brava.

* * *

Y el mar enfrente y, más al fondo,
la mole gigantesca del Teide hondo
que, milenario y azul, sobresale
siendo del insulario vigilante.
Y los pinos —¡oh pinos antiguos!—
que a lo lejos semejan vestiglos
tratando de conquistar la altura,
concentrados en Tirma y en Tamadaba oscuras.

* * *

Aquí a Virgilio y a Teócrito evocan
las sombras mitológicas;
y de Salicio y Nemoroso,
del dulce lamentar de los pastores,
con aves y con flores
las églogas renueva en los albores
Garcilaso famoso.

* * *

Aquí está ese mínimo
refugio turístico
—La Silla—
dentro de las propias rocas construido,
colgando del agua, del sol, de la brisa,
del viento que azota...

La Silla
sobre el alcor fija,
como el vuelo quieto
de un águila rota.
Amado recinto
donde el bienestar
es más placentero
porque añade al vino del dulce sosiego
las gotas precisas de un bello cantar.

* * *

Aquí está la iglesia, museal y clara,
con luz de Artenara...
un viático amable
entre los caminos de la Gran Canaria,
punto de descanso del mejor paisaje.

* * *

Esta es *Artenara*,
la invisible, que Fray Lesco dijo;
la que Juan del Río
llamó troglodita,
en la forma —aclara—
pero no en el fondo,
que es cosa distinta. ■
¿Verdad, Barranco Hondo?

* * *

La llamada otrora
y ahora
capital y clave
de nuestro paisaje:
esa es Artenara.

ARUCAS

A Cipriano Acosta

ARUCAS, de esmeralda enorme alfombra,
del dulce y áureo fruto abrigadora,
el que en imagen de ímpetus audaces
falo de oro señaló Morales.
Arucas, magistral lección del gótico
con secular retraso renacido,
siendo agudas antenas de fervores
los pétreos cipreses de las torres.

Es Arucas de urgencias maternas
que brinda el seno alto en que se liba
la gloria del ubérrimo paisaje
de la mar y la tierra de la isla.

Es Arucas que su vigor esconde
en el licor nombrado de su nombre.
Es Arucas
que otrora
fue trapiche de azúcar;
Arucas
a mi niñez tan próxima;
trapiche que moliera
mis rimas primigenias.

Es Arucas
¡la tuya!

que ora
y labora;
la que alza sobre el trono de la gleba
nombres famosos en el agro y letras.

Arucas de heredades
donde el agua y la flor son espirales,
como las torres, del inmenso credo
que defiende y expande
con la fe y el trabajo de su pueblo.

FIRGAS

A Vicente Navarro Medina

SOBRE un alcor de blanda simetría
te alzas, castillo de la bienandanza,
asidero de paz y de esperanza,
remanso espiritual de cada día.

Tu nombre, Fargas, a la isla mía
la enriquece de gracia y de pujanza
al hacerse renombre de alabanza
en la ansiedad del agua manantía.

Fargas, serena, humilde, laboriosa,
brillas como una rosa luminosa
abriéndote a las cumbres y hacia el mar:

que de todos los pueblos grancanarios
eres, Fargas, el claro corolario
del trabajo y virtud de nuestro lar.

GÁLDAR DE LOS CABALLEROS

A Francisco y José Rodríguez Batllori

TIERRA de fundación, de levadura
fermentada al abrigo del ensueño,
antiguos hornos que encendió en la dura
arcilla que cociera el pan isleño.
Vuelva a mis versos la simiente pura
para mover la rueda de mi empeño
y así poder hilar en un poema
de Gáldar la más óptima diadema.

Santiago le entregó su celo urgente
que fue espada apostólica de fuego,
y oyó la voz del trueno de repente
sobre el canario suelo solariego
Así hispanificada fue la gente
y terminó el cruel desasosiego.
Y al de los Caballeros Real Pago
llámase ahora Gáldar de Santiago.

La verde lozanía de la zona,
que el seno cría de la Ajódar alta,
ha convertido a Gáldar en matrona
que la riqueza agrícola resalta,
siendo como la ínclita casona
donde la isla su abolengo exalta.
Que Gáldar es, por sus primeros fueros,
Ciudad Santiago de los Caballeros.

GUÍA

A Juan García Mateos

SANTA María de Guía te pregona
el pueblo unánime de la Gran Canaria
y llevas por divisa extraordinaria
la estrella de guiar que te blasona.

Por Melpómene ilustre te corona
de *Sansón y Dalila* la araucaria
y por la lujanesca estatuaria
el genio del buril tu nombre abona.

El lactífero aro, en principado
con la áurea banana va a porfía
para que seas reina del mercado.

Y el fulgor de Gordillo y de Bento
constela de tu cuna el firmamento
sin que se ponga el sol sobre tí, Guía.

INGENIO

A Mary Carmen González

BORDA que borda que borda
una canción y un mantel
con un ingenio de sedas
y una candela de miel.
Desde el Egido a la plaza
borda que borda que borda
la Virgen de Candelaria;
y al verdor de la palmera
borda que borda que borda
tu pañuelito de seda.

¡Ay, Ingenio bordador,
cantador y agricultor,
borda la pleita dorada
y haz de la tierra bordada
blanco pan y rubia miel!
Borda, Ingenio, mi mantel
con agujas de oro fino
y con los sedosos hilos
pon tu nombre de anagrama.
Borda la capa de lana,
los encajes de mi blusa;
borda, Ingenio, mi capucha,
borda la blanca pechera
con tu sol de bordadora
y dime por qué no bordas
también a la isla entera.

Borda que borda que borda,
Ingenio de Candelaria,
mientras borda la plegaria
la Virgen de la Candela
que borda cuando tú velas
y vela cuando tú bordas.

Ingenio que borda ingenios
altos como la palmera,
siendo también primavera
bordadora de mis sueños.
Con versos y clavileño
vas por la tierra y el mar,
Ingenio de mis ensueños:
que de la vida el empeño
siempre está en saber bordar.

MOGÁN

A Carmen Bueno de Hernández

MARINERO y lejano está Mogán
vendiendo sol y zureando mares,
del trópico a los frutos singulares
dándoles las promesas y su afán.

Con remo y rima sigue hiñendo el pan
que sustenta la paz de sus hogares
y a sus Penates ama y a sus Lares
con sencilla pasión y ancho ademán.

La entraña roja del feraz tomate
y la pulpa carnal del aguacate
ponen en los manteles su tesoro.

Y el honor de sus hombres diligentes
es la mejor riqueza de sus gentes
añadiendo quilates a su oro.

MOYA

A Pedro Díaz Benítez

NOBLE villa de antiguos memoriales
en que se habla de armas y de espadas
y se riman las bélicas andadas
por Cairascos y Vianas y Morales.

De Doramas las verdes catedrales
donde un coro de alas acordadas
repetían las glorias deshojadas
taladas fueron por hados fatales.

Mas quedó el agua con su ritmo eterno
y la montaña con su ardor materno
y el paisaje y la luz de cada día;

quedó también el sol de la Cultura
con un intenso amor de Agricultura
que dan al cuerpo y alma lozanía.

SANTA BRÍGIDA

A Andrés Hernández Navarro

SI a Santa Brígida llegas
—la novia de la ciudad—
podrás decir, en verdad,
que llegas hasta Las Vegas;
mas si el corazón apegas
a Angostura y Lentiscal,
el pueblo es dulce casal
de la urbe grancanaria,
siendo gema extraordinaria
de su corona real.

SAN NICOLÁS DE TOLENTINO

A José Rodríguez Marrero

TIENE San Nicolás de Tolentino
de las palmeras la elegancia antigua,
de los molinos la arrogancia altiva
y la abierta esperanza del destino.

Los codicieros pagos tan ardidados...
Tocodomán cercano, agreste y hondo,
Tasarte oculto, fértil, populoso,
y unánime, apiñado Tasartico,

millonarios emporios con esfuerzo
del recio faenar diario y ceñudo,
la culebrilla de divisas, junto
con la honradez cosechan sin denuedo.

Y se alza la canción que, repetida ,
de amplia sonoridad cruza el espacio,
mientras gritados saltos desde el Charco
dan nombre al aguardiente con que brindan.

Brilla el sol en el camino
tostando la paramera
y el aire dice al molino
la canción de la palmera.

TEJEDA

A Manuel Hernández Guerra

HAY dos Tejedas, amigo,
la abrupta y la soterrada,
siendo corona mural
ambas de la Gran Canaria,
que hacen el Nublo y el Fraile
famosos con el Bentayga:
uno de la isla índice,
vigía, otro, de Artenara
y muda oración de piedra
el tercero... ¡Oh panorama
al que Unamuno llamó
tempestad petrificada!

* * *

Mira la Tejeda húmeda,
florida de almendros hasta
formar la inmensa acuarela
que sosiego al alma alcanza.
Lenguaje de piedra y árbol
es el casal de Ayacata
donde Virgilio Marón
no renunciará a la flauta,
ni Columela, el agrícola,
a su gramática parda.

Tierra de dobles talentos
en las cumbres y en las aguas,
con los hombres apegados
a sus felices Arcadias.

* * *

Hay dos Tejedas, amigo,
la abrupta y la soterrada,
tan sustanciales, tan juntas
que una sin la otra es nada.

* * *

¡Oh el barranco de Tejeda!
¡Oh presas de la esperanza!
¡Qué bien me sabe tu nombre,
Tejeda de mi alegría!
Con aire de hogar antiguo
qué bien cantan las montañas.
Olla ilustre de la isla,
mazapán de Gran Canaria,
¡quién os pudiera tener,
Tejeda, dentro de casa!

TELDE

A Sebastián Cruz Quintana

TELDE! La urbe vetusta de antiguos patriarcados,
la ciudad de los hombres de la fuerza maestra,
abolengo de nobles, alcornia de hacendados,
matrona musculada con carne de palestra.

Cabe la blanca anchura del coso sedentario,
como un omnipotente asceta centenario,
surge la mole insigne del templo de San Juan,
arca donde los siglos guardan las oraciones,
imán donde se prenden todos los corazones
y las creencias todas de un pueblo hecho titán.

En torno a la casona se extienden los herrenes
donde el labriego vierte el mador de sus sienes
aladrando las huebras que hollan los bueyes tardos,
y se alzan, al influjo del húmedo tempero,
los cimbrenos maizales, el jalde bananero
y el fruto encarnecido de los Reyes Estuardos.

¡Oh vastos pergaminos de secular historia
donde todos los héroes grabaron su memoria
con trofeos y lises y cuarteles de azur:
la heráldica etnográfica digna de tu proeza,
la única que ostenta la singular realeza
de imperar en los pueblos del afanoso sur!



¡Arriba, ciudad cuna de antiguos patriarcados,
no olvides que eres madre de aquellos potentados
que hicieron en la España vuestro nombre medrar!
¡Arriba, noble Telde de la fuerza maestra,
que musclas tu raza con carne de palestra:
acuérdate que tienes ascendiente insular!



TEROR

A Vicente Hernández Jiménez

EL pueblo tiene un triste mohín de cosa muerta recostado en el lecho de dos grises montañas que son como cetáceos de una progenie incierta fosilizada, ha siglos, en regiones extrañas.

La historia de sus lares se pierde entre las páginas de una vieja leyenda que urdieron los abuelos, personajes entonces de bucólicas láminas que diz que presenciaron prodigios de los cielos.

Heraldan las creencias de su hispana reciumbre un Pino que es el rancio blasón de sus mayores y un Templo que fascina las islas con la lumbre de una Virgen, señuelo de los conquistadores.

Polícromas estampas de belenes roqueñas son los barrios dormidos en la paz del lugar: «El Rincón», «Las Rosadas», «El Alamo» y «Las Peñas» y, sobre todos ellos, «Ossorios» y «El Palmar».

El ascetismo neto de la villa eremita ha convertido al pueblo en cenobio gallardo dentro de cuyos muros una familia habita que eterniza la obra de Domingo y Bernardo.

¡Oh, dulces monasterios de anales blasonados,
con flor de granadillas y azucenas floridas,
que guardais la prestancia de labios macerados
por el rezo que brota de las almas ardidias!

¡Oh, campanas del pueblo, campanas parroquiales,
graves y sonoras, solemnes y pausadas,
que, como un parpadeo de bronce, en los ojales
pétreos de la torre tañeis vuestras tonadas!

Yo te contemplo, oh pueblo, como una castellana
villa donde reside el Arte y la Piedad:
de tí ha salido el verso que de mi boca mana
y de tu entraña nace mi religiosidad.

Por eso te amo, oh pueblo, que en un día de mayo
viste mecer mi cuna y escuchaste mi lloro.
Y, absorto, desde el cielo viste caer un rayo
de luz que enfermó mi alma del «delirio sonoro».

Terruño predilecto do está mi alma prendida
como en un tallo vive engarzada una flor:
¡en este canto os quiero dejar toda mi vida
que es el mayor tesoro que puedo dar, Teror!

DIOS TE SALVE, MARÍA DEL PINO

DIOS te salve, María...
Mira las lágrimas del orbe
Tú, Reina de amargura,
porque fuiste la Madre del Varón de Dolores.
Por tu nombre de mar en hondos abisales,
sálvanos a nosotros, María... Dios te salve.

Llena eres de gracia
como un verso florido —Cantar de los Cantares—;
como la gracia de las palmeras de Cades
y el aroma del cedro del Líbano;
como la gracia del ciprés de Sión
que predijo al de Silos su belleza;
como la gracia de la mirra y bálsamo
y la del cinamomo y rosa bíblica,
la gracia de que estás llena, María,
dánosla para el mundo y por Canarias.
Tú, plenitud y gracia,
gratifica los gozos y dolores de España.

El Señor es contigo
y también con Canarias
que es ser igual a Tí.
Ahora más que nunca son las islas así.
Por lo que el Señor es contigo
Canarias diga: el Señor es conmigo.

Bendita Tú eres entre todas las mujeres...
Innumerables años
que del Pino, en Teror, a nos bajaste...
Desde entonces, Reina de frente,
Madre de perfil,
eres, oh dulce, oh pía, oh clemente,
de la canaria gente
la torre de marfil.
Tú eres,
oh Madre del Amor,
de la canaria gente
la torre del fervor.

Y en todo pecho y en todo lugar eres
la bendita entre todas las mujeres.

Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.
Canarias, vientre de tantos hijos heroicos,
hoy te bendice y pide la bendigas
por el fruto de tu vientre gozoso,
por Jesús, de rodillas.

Santa María, Madre de Dios...
¿No es bastante decir Madre del Pino,
seguros de escuchar nuestro gemido?
Te invocamos, oh Madre la más cierta,
que eres la Madre de Quien guía y salva,
Santa Madre de Dios, Virgen canaria,
vida, dulzura y esperanza nuestra.

Ruega por nosotros, pecadores...
Por los viejos pecados del mundo ruega Tú.
Por el río de sangre,
de guerras y de crímenes,
lava los viejos pecados del mundo
y los nuevos pecados del mundo lávalos.

Que nazcan y florezcan del estiércol
azucenas y abriles.
El pecado del Mundo, del Demonio y la Carne
sécalo, quémalo, vuélalo...
Y las cenizas acompáñenle
de la no comprensión y la soberbia.
Del diálogo
la gracia y la virtud entrérganos.
La caridad y la afabilidad concédenos.
Venga a nos la confianza y la prudencia
y por nosotros pecadores ruega.

Ahora...
Y en esta hora del gran Quehacer español,
que España sane, Señora,
y se salve
también en la hora del Mañana.

Y en la hora de nuestra muerte...
tu ¡Presente! será el mejor ¡Presente!,
un ¡Presente! bordado
de estrofas arcangélicas y arcos
infinitos de paz.
En la hora de nuestra muerte
sé presente Tú ya.
Amén.

Desde el ramoso y oloroso Arbol
que así sea por Tí, Virgen del Pino,
y sea por los siglos de los siglos.

LOS TIRAJANAS

A Pancho Guerra

LOS abruptos y altos Tirajanas
ciñen Las Fortalezas, cuyas sienes
son de Santa Lucía y Tunte andenes
para Ansites de paz y fe insulares.

Desde las cumbres hasta el mar, ufanas,
trabajan su progreso y sus edenes
y en los espirituales almacenes
queda amor siempre para las besanas.

Santa Lucía amada, donde un día
recité mi primera poesía
en fiesta de alegría y de belleza,

y San Bartolomé, Tunte romero,
de todos los Santiagos el primero
y el primero también en fortaleza.

VALSEQUILLO

A Domingo Massieu

LECCION de Geografía...

—Valsequillo:

¿Capital?

—El Saucillo...

No es fina ironía,
tampoco es piropo;
es cierto y real
que es el Saucillo
como una corona mural
ciñendo las sienes
del pueblo más lindo
que tienen las islas.
Así lo legisla
la Naturaleza,
maestra en belleza:
que sin el Saucillo
tan fuerte y gentil,
Valsequillo, sí,
sería un bello pensil,
pero sin el aire,
la gracia y donaire
que al almendro en flor
le da Valsequillo...
¡así está mejor!

VALLESECO

A Salvador y Pepe León Castellano

O *fortunatos nimium...*! Fue el Mantuano
quien regaló la eglógica leyenda
que brillará en su escudo, y en su hacienda
pone carácter, sencillez y grano.

Sabe alumbrar milagros del manzano
y llenar de verdor fecunda senda,
mientras se hace propicia la calenda
para dar la cosecha al hortelano.

Por San Vicente, milagrón parlero,
por el oscuro ruido barranquero
y los inviernos de frecuentes ampos,

por tan desafiadora orografía
y una tan ocre y blanda crestería,
eres la antología de los campos.

VEGA DE SAN MATEO

A Irene y Juan Pérez Rodríguez

QUIETA, serena, hacendosa, honesta,
con ejemplaridad fiel al trabajo,
de jugoso tempero junto al árbol,
dice al arado su canción geórgica.
De Garcilaso bienamada el agua
y de Fray Luis el aire que oreó el huerto,
la generosa tierra de la Vega,
igual que la virtud, está en el centro,
con la diversa cumbre enriqueciendo
de vigor y rigor al fértil pueblo.

Cumbres azules, próximas, que tiran
hacia los másculos, recios roquedales
del contorno veguero; orografía
de espeso huerto de hombres y de árboles.

Alta Ariñez del cielo fronteriza,
valle Las Lagunetas, variopinto,
y Cueva Grande, escondida y suma
con Utiaca feliz y Yedra húmeda
serpenteando por senderos pinos;
Gamonal y Camaretas, venas
que a La Lechuza y Lechucilla riegan,
haciendo consonante y seguidilla
las hermanas Vegueta y Veguetilla;

y viene Higuera con la Bodeguilla
saltando como un juego de palabras,
dándole a la patata y la manzana
y su temblor parando en la Cabreja.

Frente por frente vuela el altozano
que del Mesón arbóreo se escapa
con la esperanza cierta
de encontrar tierra abajo
donde saciar la sed de los caminos:
el viático propicio del Retiro.
Y en lo alto azul, la singular presencia
de la pétreo custodia del Saucillo
como una tempestad silente y quieta
clavada por el dardo de los siglos.

EL ROQUETILLO (1)

*A mis hijos Pilar e Ignacio Javier, en Dallas,
27-1-72*

AL solar de las altas montañas
—un remansado valle de sosiego—
mis frecuencias cansadas
los domingos someto.
Las piedras y los árboles
mis viejos profesores de silencio,
amorosas lecciones me explican
hablándome de pájaros, de agua y de luceros.
Piedras mudas de siglos,
musgosas, grises, guardas del sendero,
que no crecen ni sienten, pero existen
acariciadas por el viento,
bajo estrellas muy últimas:
Piedras de los Marrero...

Las piedras, como dólmenes,
junto a aquel árbol viejo;
y las que se alzan, como un roque,
dando nombre al terreno;
y las que brotan de la tierra
como mazas jugosas de acero;
y las clavadas en el risco
o las que usamos como asiento.
Todas las piedras son memoria

(1) Heredad materna situada en el pago de Las Lagunetas (Vega de San Mateo).

de aquel solar materno
donde, de niño, revolaban
mis ansias y mis sueños.
Quisiera perpetuar mi canto, ¡oh piedras!
con los claros poemas de Ridruejo.

* * *

Y los árboles... Entrañable
nogal de mis abuelos
que todavía se defiende fuerte
—el patriarca del huerto—,
el árbol esperado
con el fruto concreto
que cada año ofrece
el regalo onomástico consueto.
El viejo árbol amado
por los hijos y nietos,
rememorado en dísticos geórgicos
por el canónigo maestro...

Capitán centenario:
regidos por tu estro
está el manzano vario
y el peral portentoso del injerto,
la higuera paridora,
el guindo y el cerezo,
la variedad golosa
del jugoso ciruelo
con su ovalada púrpura,
la fruta óptima del huerto...

* * *

Aquí está el agua que Miró cantara
guardada en hondo cuenco,

repartiendo oportuna
la medida y el tiempo.

* * *

Aquí la casa...
con el gran patio abierto,
mansión del aire puro y de la luz,
oliendo a hierbaluisa y a romero,
en donde son hermanos
el rosal y la vid y los erectos
pinos, verdes torres guardianas
de la heredad, recuerdo
constante del poeta:
«por mi mano plantado tengo un huerto».

Aquí la casa
de serenos asuetos,
anhelo primoroso
de los hijos y nietos...
Castillo silencioso
brindando el pan, el vino y el sosiego,
el cielo azul y el aire y la palabra
a los amigos verdaderos...

Aquí la casa
que amé de niño y ahora canto, viejo...
La casa que cualquier domingo,
con su normal sosiego,
esperará a que llegue, como siempre,
esperará... ¡y no llego!

TENERIFE

A Marcos Guimerá Peraza

TENERIFE proclama, acontecido,
el dogma unánime del amor canario
ante el dolmen del Teide milenario,
grito de siglos en blancor erguido.

Tenerife camina ennoblecido
guiando el cultural itinerario
que alumbra el Teide, plenipotenciario
de un afán cada día renacido.

De jardines y bosques rodeado,
es Tenerife como un barco anclado
que espera a todos y amistad nos da...

Isla llena de gracia y donosura,
venero inagotable de cultura,
Tenerife de Viana y Guimerá.

EMETERIO GUTIERREZ ALBELO

*En su homenaje, en Icod de los Vinos,
su ciudad natal, tercer aniversario de su
muerte.*

16-9-72

AMABAS la palabra que en silencio
cincelabas lo mismo que una joya:
eras tú, Emeterio,
como un dios de la estrofa
dando al verso el compás y el sentimiento
y a la imagen la luz de cada hora.
Eras claro juglar de la belleza
entrañada en las cosas...
El sencillo poeta
de las rimas devotas;
el de las manos y los pies del Cristo
de Tacoronte, bien cantado
por el númen más lírico
de tu estro más alto.

Profesor de emociones,
incansable geógrafo del verso,
descubriendo archipiélagos de oboes
y continentes áureos de ensueño
a bordo de una isla de quimera
con fuego del volcán «de azul loriga»...
Colón, tú, Emeterio de una América
cuajada de metáforas y rimas.

Como Mantua a Virgilio,
te engendró poeta eterno
Icod de los Vinos:
tu nombre vivirá imperecedero
a través de los siglos,
Emeterio Gutiérrez Albelo.

FUERTEVENTURA

A Ramón Castañeyra

ARDIDA por un sol de soledumbres,
Fuerteventura, isla de esperanza,
Unamuno labrara tu semblanza
en sonetos de luz y asperedumbres.

En el dolmen de siglos de las cumbres
la ancestral Maxorata más se afianza
y en el mar y en el viento la confianza
se hace espera en la voz de sus quejumbres.

Huésped de los silencios de tus lares,
rumias paz y cansancio en los azares
de tu longevidad de visionario...

Y se escucha el clamor lejano y vario
que alienta desde el hondo de tus mares
como el viejo pulmón de un dromedario.

LANZAROTE

A Santiago Alemán Lorenzo

PARA qué acudir a la legendaria
Tele-Roy-Gatra?
Las teogonías del Fuego y del Viento
no son más que un verso.
¿A qué ahora Zonzama
con la peripecia de Ruiz Avendaño
y la reina Fayna
de los desengaños?
Con aguas pasadas
no muele el molino...
¿Dónde está ya Ico,
la rubia princesa de la azul leyenda,
Ico dulce y tierna?
Vuelva nuestro viejo canto a Lanzarote,
el que vio a la isla coruscante y diáfana,
y de los volcanes rocas calcinadas
con el viejo brillo mineral e insólito
de piedras cansadas
que, al hacerse arena, son cristal cernido
por tamiz de siglos.
Luz también de siglos, espolvoreada
por iridiscentes temblores del alba.
Luz que el vino dora hasta aurificarlo
y la pulpa al higo da carnosa y fresca.

Mas ¡cómo adivinas
del regio durazno de carnes oscuras
las alegorías de míticos frutos,
bodegón pregonado de la isla!

* * *

Lanzarote es milagro del sol en la isla
con el agua del mar casi tibia
intensamente azul y sosegada
como blanca caricia,
como el leve rizo de una espuma alada
al capricho del aire manejada.
Lanzarote agrícola
logra cada día
nuevas tierras
sobre las cenizas antiguas.
Lanzarote, Ave Fénix de la Agricultura,
el milagro renueva
cotidiano
de mirar a la Naturaleza
florecida
en las manos.

* * *

Eufónica montaña Timanfaya,
monte casi sagrado
en cuya ardiente entraña
de la isla el secreto se guarda:
Timanfaya e Islote de Hilario
que, si a Dante esperan para ser cantados,
confiados aguardan
al genio fecundo que grane el milagro
de dar fuerza al fuego
que de sus entrañas anima el misterio.
San Bartolomé es como el penacho

de Arrecife ufano...
blanco palomar del paisaje
lleva los arrullos,
lleva los susurros
de vuelo y paisaje.
Y Tinajo verde del verde tabaco,
la capital verde de los cien volcanes
que alumbra gozos y dolores
llorando y cantando
unido a la Virgen de fuerte renombre.
Y Tías, porteña y turística,
y la blanca Yaíza con Femés de coda,
y Haría, la bíblica,
estrofa
de Máguez, y la sinfonía
de Arrieta jocunda,
y la Geria, madre de la uva,
flor de malvasía.
Y sobre la ilustre, fértil teoría
de pueblos con nombres bienquistos,
resalta Teguiise, cuna de Clavijo,
la Villa, tan sólo la Villa,
casona de Espínola, recuerdo de Argote,
villa maravilla
de la maravilla
que es Lanzarote.
Isla de Jameos, Janubios, Castillos,
heráldica insigne de los dromedarios,
gloria de los hombres que logran prodigios
de Naturaleza propicia al milagro.

* * *

Y viene Arrecife,
ciudad progresiva, lar hospitalario,
pueblo transparente de luz millonario,

el mejor esquite
de nuestro insulario.
La que a la mar mira,
al mar acaricia
y al mar embelesa;
la que, como Venus, de la mar nacida,
ésa es Arrecife, diosa de Belleza.

LA PALMA

A Miguel Hernández de Lorenzón

CANSADO, triste, sin apenas vida,
preguntaba un viajero por la calma.
—Señor —le indica el guía:
Esa es La Palma.
La isla del sosiego y la belleza
—sanatorio del alma—.
—Señor, la isla esa
es La Palma.

LA GOMERA

COMENDADOR DON JUAN DE LOS RÍOS A Mario Hernández

BENDITA sea La Gomera
—por la espinela lo sea—,
pues Canarias se recrea
en su belleza primera.
Lleva la riqueza entera
en su propia lejanía:
ella nace cada día
en el cielo y sobre el mar
como estrella singular
de toda la estrellería.

HIERRO

A Jesús Suevos

DE hierro las aguas,
de hierro su habla
que sabe a Cervantes.
¡Y San Borondón,
isla de espejismos,
en el corazón!

De hierro los higos
y la dulce carne
del durazno negro,
y negros los vinos...

La gente, de hierro,
y sus pensamientos;
de hierro es el mar,
los riscos, de hierro.
Y los gigantescos
árboles, de hierro...

Y toda la isla
es Hierro.

SEGUIDILLA DE LA GRACIOSA

A Amalia y Santiago Guillén Moreno

MIRA qué cosas, niña,
mira qué cosas...
La Graciosa es bonita,
La Graciosa es pequeña
pero graciosa.
Es muy bonita, niña,
es muy hermosa
la isla pequeñita
de La Graciosa.

Toda la gente quiere
ver La Graciosa...
¡ay qué cosas la gente,
mira, qué cosas,
ver la isla más bonita,
la más graciosa...

Y no es mentira, niña,
y no es mentira,
que de todas las islas
es La Graciosa
la isla más bonita,
chiquirritita,
la más graciosa.

De Caleta del Sebo
a Pedro Barba
hay la misma distancia
que de tu cara
si miras desde el muelle
donde mirabas.

Ay, que tus ojos
son como puertecitos
de mis antojos;
son como muellecitos
donde se embarcan
tus versos y los míos
a La Graciosa blanca,
buscando en el camino
la misma playa.

La playa misma
de La Graciosa,
la isla más bonita,
la más preciosa.

INDICE

INDICE

	<i>Págs.</i>
PROLOGO, de Francisco Rodríguez Batllori	5
Canciones al aire de las islas	13
El campo y yo	15
Arpa de las islas	18
Con el bordón y la lira	20
Mas siempre fue la torre	22
Las Palmas de Gran Canaria	25
A don Pedro Cúllen del Castillo por la publicación del «Libro Rojo de Gran Canaria»	29
Tomás Morales	33
Sáulo Torón	34
Alonso Quesada	35
Fray Lesco	39
Agaete	41
Agiüimes	43
Artenara	44
Arucas	47
Firgas	49
Gáldar de los Caballeros	50
Guía	51
Ingenio	52
Mogán	54
Moya	55
Santa Brígida	56

San Nicolás de Tolentino	57
Tejeda	58
Telde	60
Teror	62
Dios te salve, María del Pino	64
Los Tirajanas	67
Valsequillo	68
Valleseco	69
Vega de San Mateo	70
El Roquétilllo	72
Tenerife	75
Emeterio Gutiérrez Albelo	76
Fuerteventura	78
Lanzarote	79
La Palma	83
La Gomera	84
Hierro	85
Seguidilla de La Graciosa	86



Este libro, *Arpa de las Islas*,
de Ignacio Quintana Marrero,
terminó de imprimirse el día
13 de junio de 1979, en la
Imp. Taravilla (Suc. Vda. de Galo Sáez)

LAUS † DEO

OBRAS DEL AUTOR

- *Semana Santa en Las Palmas*, con selección fotográfica de Bonifacio Hernández Gil (1949).
- *Breviario Lírico* (1949). Poesía.
- *Alma serena* (1965). Poesía.
- *Nacido resplandor —al son del villancico* (1975). Poesía.
- *La Virgen del Pino en la Historia de Gran Canaria*, en colaboración con Santiago Cazorla León (1975).
- *Historia de la literatura canaria*, en colaboración con el profesor Joaquín Artiles (1978).

ULPGC.Biblioteca Universitaria



633119

BIG 860-2 QUI arp

